

Tras la línea

Energía oscura

Sergio González Rodríguez

Hay que trazar un perímetro. Reiteraba en mi mente esa idea en forma compulsiva: hay que trazar un perímetro. Otras ideas se agolpaban y chocaban con la primera. A partir de un perímetro inmediato, aventuré en voz alta, la policía podría rastrear después en su zona poligonal y hallar al niño extraviado.

Había leído alguna vez que la respuesta veloz ante una contingencia es el mejor modo de atajar los daños. Lo malo es que no sabía cómo trazar el perímetro y cada segundo de mi parálisis actuaba en contra.

Aquella mañana recibí un telefonema de una amiga, que había trabajado en el área de relaciones públicas del Museo de la Ciudad. La conocí en una ceremonia del Día de Muertos del Estudio de Salvador Novo, una asociación civil fundada para divulgar la obra del escritor.

Por unos conocidos de la delegación Coyoacán, donde estaba la sede de dicho Estudio, mi amiga había llegado aquella tarde en la que hubo un acto musical con acento prehispánico, ofrendas al escritor fallecido en 1974 y convivio con pan de “muerto”, cuya cubierta de azúcar espolvoreada contrarrestaba el sabor del chocolate amargo. Ella se había atrevido a ir al festejo sin conocer a nadie. Y se refugió en una esquina de la sala mientras los demás concurrentes reían, conversaban.

Me acerqué y le ofrecí una taza de chocolate, que no me tomaría yo a causa de mi alergia a la teobromina y el plomo del cacao. Quizá la feniletilamina que incluye el chocolate despertó en ella un afecto por mí. A mí me habían cautivado su esbeltez, sus grandes ojos verdes que contrastaban con la piel moreno-dorada y el efecto ambiguo de su actitud, entre tímida

y segura de sí. El resto de la velada la pasé con ella: Cynthia. Era pintora. Nos despedimos con la promesa de llamarnos.

Recuerdo aquel encuentro porque quizás en ese episodio inicial y asimétrico están las claves de lo que pasaría después. A las dos o tres semanas del convivio de muertos, me atreví a llamarla y acordamos que pasaría al museo y, de allí, iríamos a comer a una cantina cercana. Las circunstancias remitían a la típica confluencia entre el azar y la necesidad.

Sin embargo, había un elemento decisivo, sutil en sí, que inadvertí. Esto lo sabría en breve. Reconstruyo lo siguiente en mi mente: ella quiso saber qué era el Estudio dedicado a un Salvador Novo del que nunca había escuchado nada, y su curiosidad la condujo al festejo. Yo tenía que acudir a este porque era una suerte de asesor editorial de la asociación. El encuentro, el azar, la necesidad.

Al escribir esas palabras me llega a la boca el regusto del chocolate amargo, que olí sólo de la taza humeante, y el azúcar del pan, grata, crujiente en mis labios y dentadura. Llegué puntual al museo y el guardia me indicó la oficina de Cynthia. Estuvimos unos minutos allí, sentados en torno de su escritorio, ya que quiso explicarme el funcionamiento del museo y sus tareas.

Luego me indicó que la siguiera por un pasillo. Puertas delante, estaba otra oficina. Al entrar, se dirigió a una muchacha: “mira, Adriana, él es de quien te hablé”. La joven de cabellera rizada, blanca y mirada viva se levantó del banquillo alto de su mesa de trabajo y me extendió su mano tibia, sin que llegara a ser de su parte un apretón convencional. Enseguida Cynthia agregó: “Vamos a comer, ¿no?”. Adriana

asintió, recogió su bolso y un suéter de una silla y se encaminó con nosotros a la puerta. Surgía una variante: Adriana.

Entramos en la cantina, de la que guardaba un resabio. Tiempo atrás había estado allí con un grupo de amigos y, en un momento dado, me levanté a orinar. Los sanitarios apestaban a mierda y, a pesar de eso, un par de sujetos de mala pinta, ya bastante ebrios, insistían en tender unas líneas de cocaína sobre un lavabo. Olfateaban un polvo blancuzco y, de seguro, partículas de mierda. Uno de ellos parlotaba acerca de las bondades del “material”; el otro asentía una y otra vez con la cabeza: una pieza absurda de teatro de cámara. Parecían disfrutar mucho con esa rutina.

Regresé a la mesa en el momento en el que llegaba el mesero con un plato de papas fritas, que rechacé. Mis amigos voltearon a verme, sorprendidos. No iba a explicarles la causa de mi asco en los baños.

Con Cynthia y Adriana, había elegido la mesa de la entrada alejada de los sanitarios. El azar, la necesidad, lo imprevisto, la distancia.

Al sentarnos, Cynthia ya le tomaba la mano a Adriana bajo la mesa. Solté una risa por mi estupidez. El azar había hecho su jugarreta, la necesidad bifurcada se había apropiado de aquella convergencia, lo imprevisto dominaba la escena presente y sus perspectivas. La distancia entre ellas y yo se fracturaba, se expandía. Con mi autoestima en repliegue, decidí pasar un buen rato. A la tercera ronda de cervezas, ellas y yo éramos amigos entrañables.

Un tanto eufórico, quise impresionarlas con mis lecturas vagas. En esas fechas había caído en mis manos un libro cuyo título me encantó: *El azar y la necesidad*. Temas de ciencia y evolución de los que



© Serge Cornille



ahora sólo me queda una idea: el cambio, la absoluta y ciega libertad son el origen de nuestro universo. El azar reina por encima de los propósitos en medio de un infinito de energía oscura.

Cynthia y Adriana vivían juntas en un departamento de dos pisos en el que, abajo, estaba el estudio de la pintora. La mañana en que me invitaron a conocer la obra que la ocupaba, vi una serie de cuadros de los que recuerdo ahora unos torsos flexibles cuya feminidad reforzaban los colores rojos, rosas, acuosos en el trazo y superficie. Una paleta menstrual, intensa y potente al mismo tiempo.

Para transformar en formas pictóricas las fotografías al desnudo de Adriana que inspiraban los cuadros, Cynthia empleaba un artefacto óptico que proyectaba las imágenes en el muro, a partir de las que ella traducía sus trazos en el lienzo. O bien, me contó, usaba la tela para proyectar las fotografías y, sobre la superposición espectral, ella reconstruía figuraciones de senos, cintura, torsiones, pliegues de la piel de su compañera.

Para mí todo aquello era novedoso e intrigante. Había estado en estudios de pintores pero casi siempre observé en ellos un cálculo, cierta actitud prefabricada, un juego de representaciones ensayadas. En el estudio de Cynthia, había una fuerza vital, telúrica, gravitante y llena de matices que abría el espacio a una dimensión dentro y a la vez fuera de lo cotidiano. Algo magnético y posesivo, avasallador, desbordante. Me habían mostrado una rendija a

su mundo que implicaba un gesto de amistad único, una deferencia especial.

Después de aquel acercamiento insólito, quise buscar a Cynthia, pero había cambiado de número telefónico. Supuse que ella me llamaría. Y así fue, si bien pasaron cinco o seis años desde aquel y último encuentro. Me dijo que había leído lo que escribía en una revista, una columna con datos y dichos curiosos que le divertían mucho, añadió. Con la torpeza de quien ignora el paso del tiempo, algo bastante frecuente en mí, le pregunté: “¿Y Adriana, cómo está?”. Me respondió, escueta: “Ya no estamos juntas. Tengo un hijo de cuatro años”.

Pensé lo obvio: si yo hubiera sido menos torpe, ese niño podría ser mi hijo. El azar, la necesidad, la distancia. Me dio nostalgia de ella, le pedí vernos. Aceptó de inmediato y me citó frente a la glorieta del Reloj Chino. Debía comprar un disfraz para su hijo por la fiesta de la Primavera. Allí había cerca una tienda de disfraces y trucos de magia.

Era un mediodía. Entré en la tienda a la hora que me citó Cynthia y no estaba. Salí a la acera a esperarla. En ese momento, ella gritó mi nombre. Hablaba por su teléfono móvil y sostenía con la otra mano a un pequeño inquieto, que vestía un traje deportivo de color azul marino. Todo fue muy rápido. Ella reñía con alguien. El niño se soltó de su madre a la vez que ella me saludaba. Saludé a Cynthia y, en ese momento, se abrió un foso entre nosotros. Había dejado de hablar por telé-

fono con un giro de desprecio a quien se hallaba al otro lado de la línea. Su desprecio se desdobló en un grito: “y el niño, ¿dónde está el niño?”.

Pensé que, dado que estábamos cerca de una esquina donde había un prado de pasto amarillento y ralo, la criatura había corrido hacia allá. Apresuré mis pasos tras el niño. No estaba en el prado, ni lo vi al levantar la vista alrededor: coches, transeúntes, un limpiabotas en su puesto en la calle próxima. Ni un rastro del niño.

Hay que trazar un perímetro, el perímetro es lo más urgente, repetía para mí en voz alta. Cynthia lloraba a mi lado. Estaba desesperada y yo era un perfecto inútil en esa situación de emergencia. El niño había desaparecido ante nuestros ojos.

Durante mucho tiempo especulé: me dicen que en minutos, si no segundos, puede secuestrarse a una persona sin que nadie se dé cuenta. Lo que no me explico a la fecha es cómo se desvaneció de nuestra mirada aquella criatura.

Estuve ese día con mi amiga hasta entrada la noche en el ministerio público. Fueron horas de ir y venir, repetir lo sucedido, esperar en sillares de plástico y metal oxidado, hablar con policías, funcionarios, trabajadoras sociales. Y atestiguar los silencios de Cynthia, ajena a todo intento mío de plática. La distancia se había impuesto. Se negó a que la acompañara a su casa: quedamos sin palabras a un lado y otro del foso, de la oscuridad que dictó la desaparición de su hijo.

Que yo sepa, nunca lo hallaron. **U**